

ROUTE, hebdomadaire de la FIJL en France

Année VI Prix 12 frs. N° 189

Rédaction et Administration

4, rue Belfort, Toulouse (Hte.-Gne.)

1 mai 1949

GIROS a
PABLO BENAIGES

C-C Postal n° 1328-79 TOULOUSE (Hte.-Gne.)

Precio de suscripción: trimestre, 150 frs.; semestre, 300; año, 600

B.D.C.

3432



órgano de la F.I.J.L. en Francia

«Receta para hacer pequeño un Estado grande»

«Creéis que todas las quejas son inventadas por algunos demagogos mal avenidos con el orden, creéis que con prenderlos y ahorcarlos se tranquilizará todo. ¡Nada de eso! Prended y ahorcad a los agitadores, y la sangre de los mártires hará maravillas para la obtención de su objeto, para la aceleración de vuestra caída.»

Franklin

¡REIVINDICAMOS EL 1.º DE MAYO en su verdadera fisonomía revolucionaria!!

Reivindicación humana del PRIMERO DE MAYO

La deformación del sentido humano y emocional del Primero de Mayo es una obsesión para el capitalismo internacional.

La proyección, aun al correr de los años, del gesto de rebeldía viril de los hombres de Chicago, representa para los inquisidores de la Humanidad laboriosa un espectro acusador permanente.

Aun incomprendido en su totalidad, el simbolismo inicial despierta gradualmente la conciencia de una injusticia en la que se identifica el drama social de una Humanidad que se ignora.

En su impotencia para ahogarlo, el capitalismo pretende desdibujarlo. Transformarlo en epopéicas y estridentes manifestaciones callejeras y cubrirlo con los oropeles festivos de una conmemoración banal.

El acto de Chicago en sí, no se presta a paternidades oficiales ni a deformación alguna. Su génesis y alcances escapan a toda atribución que no radique en la voluntad de emancipación que debe impulsar la acción del HOMBRE que aspire a serlo íntegramente y solidarice su acción al interés general.

El hecho sintomático de que las víctimas del crimen oficial de Chicago fueran anarquistas, es el mejor ángulo de observación y estudio.

Residía en ellos la voluntad y la solidaridad en la acción consciente. Estaban animados de la convicción inquebrantable de que un mañana social más justo podía alumbrar los destinos de la Humanidad.

Su ejemplo irradiaba en las luchas posteriores. Otros hombres con tinúan reivindicando la tarea de continuar la lucha frente a la pasividad ambiente despertando paulatinamente las conciencias que forman con su incompreensión voluntaria la mejor y más sólida garantía de los sistemas autoritarios.

PATRIA, RELIGION y POLITICA, son los ropajes con que el interés capitalista, en perfecto maridaje con la traición, encubre la gran lección que descolla de las palabras de acusación de los acusados de Chicago.

Víctimas de una incompreensión general y de la perfidia de los enemigos de un porvenir social más justo, sus nombres se identifican con los de los millones de seres que sufren y padecen en la trágica continuidad de un régimen de convivencia social que representa la sentencia permanente.

Por encima de toda consideración; al margen de las manifestaciones en las que la inconsciencia se prostituye al lado del interés y de la traición, el Primero de Mayo no tiene, no puede tener, más que una significación: la del símbolo de una actitud ante la injusticia immanente. La de valor y necesidad de una lucha y esfuerzo constantes por conseguir la implantación de unos principios morales que conviertan a los hombres en solidarios de un deber social en vez de episódicos actores de una lucha ancestral por la existencia. La de que necesariamente, el hombre debe buscar en sí mismo la génesis de la rebeldía que ilustra la gesta de los mártires que decimos recordar.

Su gesto no puede tener otra significación simbólica que el despertar de la conciencia individual atiborrada por los cánticos al menor esfuerzo del politicismo oficial.

La GRAN LECCION encuentra su verdadera expresión en el terreno de la valorización individual y la acción constante. En la comprensión de que existe una identificación entre el esfuerzo individual y el interés colectivo.

El simbolismo es lección y la lección exige reflexión inteligente y dinámica.

Hay que amplificar, llevándolo a las conciencias de todos los hombres del mundo, el gesto de unos cuantos hasta transformarlo en voluntad general.

Sólo así, el Primero de Mayo, recobrará su verdadera significación y se posibilitará la realización de esa Humanidad en la que desaparezca la explotación del hombre por el hombre en todos sus aspectos por la que tantos mártires han ofrecido y ofrecen hoy aún lo mejor de ellos mismos.

J. J. GRACIA.

Así se manifestaron los...

«Pediría perdón por mis principios, por lo que creo justo y bello? ¡Jamás! No soy hipócrita y no puedo intentar que se me perdone ser anarquista; al contrario, la experiencia de los dieciocho últimos meses ha afirmado mis convicciones. Se me preguntó si soy responsable de la muerte de los agentes de policía muertos en Haymarket; no responderé a esa pregunta mientras no declaréis que cada abolicionista era responsable de los actos de John Brown. No puedo pedir gracia, ni recibirla, sin perder el derecho a mi propia consideración. Si no puedo obtener justicia, si no puedo ser devuelto a mi familia, prefiero que la sentencia se ejecute.»

«Todo el que esté un poco al corriente de los acontecimientos debe reconocer que esa sentencia ha sido inspirada en el odio de clase, en la excitación de la opinión pública por una prensa perversa, en el deseo que anima a la clase dominante de detener el movimiento socialista. Los partidos interesados niegan esto, y, sin embargo, no es más que la pura verdad, y estoy persuadido de que las generaciones venideras juzgarán nuestro proceso, nuestra sentencia y nuestra ejecución del mismo modo que hoy juzgamos las crueldades de los siglos pasados: la intolerancia y la preocupación pretendiendo sofocar las ideas de libertad.»

Primero de Mayo

Generalmente, la fiesta del Primero de Mayo se reduce a discursos y meriendas. El hecho se ha visto suficientemente criticado para que insistamos en la crítica. Nada resuelve criticar lo que a pesar de la crítica se reproduce periódicamente.

Las generaciones se van sucediendo sin que veamos ningún cambio de mentalidad en el panorama; ni siquiera vemos la vehemencia que a fines del siglo anterior y a principios del actual, galvanizó las muchedumbres atacadas por los Estados policíacos porque celebraban el Primero de Mayo con propósitos y realidades activistas.

Todo esto pasó. Las ocho horas quedan alteradas en todo el mundo, de la misma manera que el trabajo a destajo priva en cualquier latitud. Incluso entre quienes celebran la jornada del Primero de Mayo, con grandes concentraciones y mítines, la jornada de diez y más horas es cosa corriente.

«A qué hablar, pues, de los héroes de Chicago, si su memoria está deshonrada? Cuando el maquinismo podría reducir todavía la jornada de ocho horas, resulta que se trabajan diez y once.»

«A qué se debe esta contradicción? En primer lugar, el sacrificio

de las víctimas de Chicago fue tal sacrificio por la inhibición del mayor número. De nada hubieran servido todas las maniobras del terror oficial si más de medio millón, o un millón, de trabajadores de Chicago y de fuera, hubieran hecho respetar el derecho a la vida de los asesinados. La inhibición de millones de trabajadores

dejados tranquilos en sus tumbas a los mártires de Chicago.

No bailes sobre ellos. Tened esa consideración. Y si algo podéis pensar, tened la absoluta seguridad de que si las muchedumbres siguen permaneciendo inhibidas, dejando que sólo un pequeño grupo muera por la causa de todos, los mártires de Chicago y los de otros países, seguirán siendo cogidos, ametrallados, agarrados y masacrados, mientras las muchedumbres se preparan a pasar nuevos días de jolgorio y a burlarse de los que murieron titulado a una dignidad que las muchedumbres no quieren tener.

Prefieren aplaudir a los oradores que truenan contra los individualistas y dejan que la acción la acometan éstos exclusivamente. Prefieren aplaudir al orador que habla constantemente de colectivismo, pero sin que el oyente quiera ser colectivista en la acción. Todas estas contradicciones han hecho del Primero de Mayo una danza ritual, una fiesta impuesta—para mayor burla—por el Estado, y una fecha que se espera para la diversión.

No podrá ocurrir otra cosa cuando se aprueba la inhibición general, causa ÚNICA de que las hecatombes se vayan sucediendo a lo largo de los siglos.

«...Pues bien: yo soy anarquista. ¿Qué es el socialismo o la Anarquía? Brevemente definido es el derecho de los productores al uso libre e igual de los instrumentos de trabajo, y el derecho al producto de su trabajo. La historia de la humanidad es progresiva; es, al mismo tiempo, evolucionista y revolucionaria. Evolución y revolución son sinónimos.»

Palabras de Parsons, ante el tribunal

Editorial La acusación de los mártires de Chicago

El crimen perpetrado por el capitalismo norteamericano contra un grupo de trabajadores de Chicago en 1886, ha sido la causa de la exaltación de la fecha del Primero de Mayo a la categoría de eterna protesta de todos los trabajadores del mundo contra las contradicciones y desafueros del sistema capitalista. El Primero de Mayo ha venido siendo el símbolo de la lucha contra el asalariado, moderna esclavitud impuesta a los humildes por los detentadores del privilegio y del capital. Al trágico drama de Chicago han sucedido otras tragedias derivadas siempre de la lucha de los explotados contra los explotadores. Tragedias como las de Alemania, Italia, Rusia y España, que han ocurrido desmesuradamente lo que fué un hecho sin precedente. No obstante ello, la tragedia de Chicago, la sambartolomé del capitalismo del dólar, seguirá siendo el símbolo de esa protesta de siglos contra la injusticia y el abuso brutal de la fuerza.

El capitalismo mostró en 1886 su estrecha compenetración con el Estado-policia. Al correr del tiempo, esta compenetración se ha ido acentuando hasta llegar al paroxismo con la inauguración del capitalismo de Estado y con el Estado totalitario. La protesta, la manifestación obrera suscitada anualmente en esta fecha tiene, pues, que acrecentar su contenido antiestatal, contra todos los partidos y gobiernos, a la par que contra el oprobioso sistema de explotación del hombre por el hombre.

Los mártires de Chicago eran paladines del ideal de emancipación de la clase proletaria y de la humanidad entera. Eran anarquistas, luchaban contra la opresión capitalista y estatal. Afrontaron el martirio con la convicción de que su sangre no sería estéril. Eran idealistas imbuidos de misticismo humano. Aspiraban a socializar el cielo del bienestar y del progreso, haciéndolo accesible a todos los ciu-

dadanos del mundo.

Pero existe una aberración mayor a la que representan las propias horcas de Chicago: la degeneración de ese símbolo de martirio y de esa protesta de libertad, por parte de ciertos Estados que la han fijado en su calendario para desvirtuarla y escarnecerla. Este mismo año, siguiendo la pauta de años anteriores, se aprovechará la mística tradición del crimen de Chicago para reforzar la agresión diplomática y fortalecer la respectiva plataforma política. Se montarán paradas espectaculares haciendo ostentación de la docilidad de grandes masas domesticadas ante el colosal aparato policiaco y guerrero del Estado totalitario. Se pronunciarán discursos encendidos preparados previamente en las capillerías y con arreglo al patrón del Estado. Se vomitarán amenazas históricas, trasunto de apetitos guerreros e imperialistas, adornados con el ropaje del sacrificio del pueblo y de la causa de la libertad.

Y permaneceremos sólo los anarquistas, reivindicando a través del simbolismo de esa fecha la verdadera paz y la verdadera justicia, como sólo afrontaron el horror del patíbulo nuestros hermanos desaparecidos, erguidos orgullosos de pagar con la vida, un gesto que fué en sí mismo una acusación y una sentencia inapelable contra las fuerzas negras de la reacción internacional.

Englobamos en nuestra protesta, al sumarnos al clamor de los mártires de Chicago, a todos los hombres que sufren el cruel despotismo del Estado, en cualquier pueblo o nación, en cualquier época de la trágica historia humana, a la humanidad doliente de nuestros días anhelosa de un mañana mejor.

¡Viva el Primero de Mayo!

La lección de los MARTIRES

Aquella noche, la del 11 de noviembre de 1887, el capitalismo mundial creía haber ganado una batalla. Cuatro hombres y un cadáver ahorcados, habían saciado la sed de venganza de quienes oponían a todo sentimiento humanitario la defensa bárbara de sus privilegios innobles.

Spies, Fischer, Engel, Parsons y Lingg, formaban parte ya del pasado. Sus compañeros habían sido enterrados, en vida, en los presidios más crueles del Estado americano.

Sólo quedaba la Idea; y la doctrina sin hombres poco podía significar ante los ojos de los verdugos.

La propaganda efectuada por los anarquistas de Chicago había producido efectos peligrosos para la burguesía, pero el cruel escarmiento impuesto por el capitalismo, tenía que perdurar largamente en la mente de los trabajadores que habían visto un rayo de esperanzadora luz a través de las predicaciones ácratas de los hombres que se balanceaban trágicamente en las horcas de Chicago.

Las ilusiones del capitalismo se han aseverado irreales. Su crimen fué, además de un asesinato ignominioso, un error craso. Sesenta y tres años después del crimen de Chicago, todavía se eleva la voz de los hombres conscientes, para proclamar su admiración ante la honradez y el estoicismo de los seres que aceptaron el sacrificio de su vida en aras de la felicidad humana.

Nada ha podido borrar el recuerdo de aquella gesta magnífica. Ni las propagandas, ni el tiempo. Y sin embargo, sólo recuerda la gente el nombre de los coyotes que asesinaron cobardemente a nuestros compañeros, para maldecirlo.

Es una lección que los trabajadores ofrecen al capitalismo; una lección que surge de las filas del anarquismo militante y, que nada tiene que ver con la pantomima «proletaria» del Estado rojo o azul; una lección severa: la de los hombres que admiran la hombría humana y desprecian la fuerza repugnante de los mecanismos serviles. La de los sentimientos innatos del género humano.

El capitalismo asesinó a unos hombres queriendo suprimir el origen de un sentimiento revolucionario y pretendiendo ignorar que éste surgía, lógicamente, de los propios desmanes cometidos por las castas privilegiadas.

Quiso, la justicia grotesca y autoritaria, poner una mordaza a las quejas de un pueblo herido, de una clase avasallada, y no hizo más que aumentar su dolor abriendo nuevas grietas en el pecho de la Humanidad.

«De qué les ha servido a los poderosos aquel monstruoso crimen? De nada. Y, sin embargo, el eco magnífico del ejemplo que nos ofrecen los mártires de Chicago, ha resonado a través de los años con una potencia capaz de ensordecer al más autoritario y despótico ser.»

Es un triunfo del proletariado, del idealismo, de la razón. Un triunfo del amor contra el odio, porque amor hacia los hombres fué lo que demostraron los mártires de Chicago, ofreciendo su vida por la noble causa de un ideal de superación y de justicia. Y fué un triunfo contra el odio, porque odio a la justicia y a la verdad fué lo que movió la palanca del patíbulo en que fueron ejecutados los mártires de Chicago.

No pudo, la burguesía reaccionaria y cruel, hacer doblar la frente de aquellos hombres, y la razón de la fuerza moral de quienes subieron al patíbulo con la frente alta, se halla en sus propias palabras. Su mayor orgullo era llamarse anarquistas, y su mayor satisfacción, ser verdaderos puntales de aquel ideal.

Por eso no hubo fuerza capaz de hacerles arrepentirse de los actos desarrollados por ellos a través de su vida. Con la soga alrededor del cuello, en el fatídico momento en que la repugnante sociedad capitalista les robaba la vida, gritaban a pleno pulmón: ¡Viva la Anarquía!

Y aun hoy, sesenta y tres años después del horrible crimen, los mártires de Chicago simbolizan el esfuerzo de los anarquistas en su lucha por la emancipación del género humano, frente a la injusticia y al crimen legal de una sociedad impuesta por las bayonetas de la barbarie.

¡Llor a los mártires de Chicago y a las Ideas capaces de contar en sus filas seres como Spies, Engel, Fischer, Parsons y Lingg!

Juan PINTADO.

...anarquistas de Chicago

«Soy internacional: mi patriotismo va más allá de las fronteras que limitan a una nación; el mundo es mi patria, todos los hombres mis paisanos. Eso es lo que significa el emblema de mi bandera; ella es el símbolo del trabajo libre, del trabajo emancipado.»

«Los trabajadores no tienen patria: en todas partes se ven desheredados. América no es una excepción de la regla.»

«Los esclavos del salario son instrumentos que alquilan los ricos en todos los países; en todas partes son parias sociales sin patria ni hogar. Así como crean toda la riqueza, así también riñen todas las batallas, no en provecho propio, sino de sus amos.»

«Esta degradación tendrá un término: en el porvenir, los trabajadores sólo pelearán en defensa propia, trabajando sólo para sí y no para otros.»

«Todas las evidencias, dice, han demostrado, no mi culpabilidad, sino mi inocencia; he sido convicto de anarquista, no de asesino.»

«Los amantes de la justicia están interesados en que se comute la sentencia por la prisión perpetua; por esto les doy las gracias, pero soy inocente.»

!LA PAZ SOLO PUEDEN GARANTIZARLA LOS HOMBRES DE BUENA VOLUNTAD!

Hacia un plan de realizaciones PROPIAS

Aun a trueque de pecar de monótonos y de reticentes, no nos cansaremos en insistir sobre uno de los aspectos más fundamentales que ofrece la presente y caótica situación internacional. Vale la pena redundar en el tema. Va en ello, no sólo el prestigio y vida de nuestro movimiento, sino lo que está por encima, la posibilidad de hallarle una salida a este laberinto trágico en que se debate, por todo lo que va de siglo, nuestra angustiada humanidad.

Hubo un tiempo en que grandes sectores del proletariado, y que la mayoría de los países, avanzaban decididamente por la ruta de su liberación. Se había llegado a la evidencia de que al margen de los intereses capitalistas, al margen de las consignas patrióticas de los Estados, al margen del señuelo de las religiones, existía una causa suprema: la causa de los oprimidos, la causa de la humanidad.

La humanidad había encontrado su norte y recuperado su rumbo. Las capas sociales sobre las que pesaba directamente el estigma de la injusticia, concertaban un pacto de solidaridad y de lucha teniendo por objetivo finalista la emancipación de todo el género humano de las supersticiones de la religión, de los convencionalismos sociales, de la dictadura de los Estados y su confluencia en el conflicto armado; de la ley de bronce del asalariado y de las contradicciones del capitalismo. Se establecieron de una forma clara, evidente, comprensible para las inteligencias más rezagadas, cuáles eran los verdaderos intereses de los hombres frente a los sofisticados intereses de clase, de linaje, de raza y de nacionalidad.

El choque de esta corriente de ideas contra el conglomerado de prejuicios, de intereses y de instituciones afinadas, hubo de ser enorme. El omnipotente aparato del Estado empleó a fondo para romper el cerco de muerte o de asfixia lenta formado por los trabajadores organizados y por la intelectualidad liberal. Se inició la era de las persecuciones, de la puesta al margen de la ley de los organismos de lucha del proletariado, de las masacres y de las deportaciones. Y el Estado tuvo que vivir la pesadilla de ver levantados mil por cada uno que caía. Los mártires hacían milagros que no hicieron nunca los santos. Las represiones convertían en monstruos a los ejecutores ante los ojos del pueblo. Las instituciones en que se amparaban, caían en bochornoso descrédito. Y los claros abiertos en las filas de los víctimas eran cubiertos con creces por nuevos prosélitos, más ardientes y más activos en su revoluciónaria.

Todo esto ha desaparecido. La línea divisoria moral que hacía distinta una causa de otra causa, la causa de unos pocos de la gran causa de todos; los intereses de irreductibles minorías de los intereses del conjunto; el rutinismo y el convencionalismo de casta, de familia y de dinastía de los ideales profundamente humanos; lo accidental y transitorio de lo fundamental y permanente; ha sido desbordado por las argucias

maquiavélicas de la política. Lo que no pudo conseguir el hierro y el fuego, los asesinatos masivos de un Thiers y los verdugos que sucedieron a Thiers, lo han logrado los aventureros de la política. Lo consiguieron plenamente quienes cayeron en el pecado original de la colaboración, del apaciguamiento, del evolucionismo impotente y claudicante.

Desde que se inició la era de los partidos obreros, de la colaboración en las instituciones del Estado, de los ministros proletarios,

taadoras. Los regímenes de fuerza, respondían más que a una necesidad de seguridad interna de los Estados, a las exigencias planteadas por las querrelas internacionales. No nació el fascismo y el nazismo para aplastar a los pueblos italiano y alemán, sino para situar a dos Estados imperialistas en condiciones de competir, por el chantaje de la fuerza y por la fuerza misma, con otros Estados también imperialistas. Las necesidades internas fueron un simple camuflaje de otras ambiciones o temores.

La toma de las fábricas por el proletariado italiano sirvió a Mussolini de pretexto como sirvió a Hitler de excusa el predominio comunista o socialdemócrata. Es cándida pretensión la creencia de que el ciclo totalitario respondía a una medida heroica del Estado para aplastar la revolución desbordante. En Italia y en Alemania, la revolución había quedado castrada como consecuencia de la guerra que sacrificó millones de vidas pertenecientes a la clase obrera y como consecuencia del colaboracionismo político que desvió a esta clase obrera de la ruta de sus verdaderos intereses. El fascismo era un recurso del Estado para hacerse más fuerte con vistas a las apetencias imperialistas, con vistas a los grandes ejercicios de poderes para la aventura de una guerra moderna y totalitaria.

(Pasa a la segunda).

por JOSE PEIRATS



Mientras las potencias de primera magnitud, dicen querer asegurar la paz, preparan la guerra

Los EE. UU. de América viven, como los pueblos de Europa, bajo la tensión que provoca el temor a la guerra.

Todas las revistas americanas dedican extensos artículos a los progresos técnico-belicistas, de aquella poderosa potencia. La radio, la prensa y la tribuna, han creado, y crean, un ambiente fanático en torno a la posibilidad de una nueva contienda; pero tratan de convencer al pueblo americano, por los mismos procedimientos, de su superioridad en todos los aspectos y, particularmente, en los que derivan del arte de matar hombres y exterminar pueblos.

Recientemente, la prensa y la radio americana, lanzaron al vuelo las manifestaciones del entonces secretario de Estado a la Defensa (o al ataque) de los EE. UU., mister Forrester, banquero profes-

sional, según las cuales los servicios técnicos del ministerio de la Guerra, habían estudiado 13.000 armas nuevas, de entre las que 5.000 habían sido retenidas para su experimentación.

Lo que no dijo el banquero belicista, ni la prensa y radio americana, es con quién esperan experimentar sus invenciones y si el genio constructivo americano debe fundamentarse en las ruinas de continentes enteros.

Al paso que van los hombres de ciencia del nuevo continente, la «maravillosa» invención: la bomba atómica, hará próximamente el ridículo, y David E. Lighthall, presidente de la Comisión de la energía atómica, va a quedar cesante. Cosa que no se-

ria de lamentar salvo que su cesantía tuviera como origen el macabro progreso de los sesudos energúmenos de la ciencia americana.

La U.R.S.S., por su parte, no pretende quedarse rezagada en la loca carrera hacia el abismo de la guerra.

Su actitud provocadora; sus incursiones opressoras a países cercanos a sus fronteras; los incidentes de Berlín, provocados consistentemente por el Kremlin, demuestran cuáles son las ansias del estúpido bohemio que hace bailar, peligrosamente, en la feria europea, al oso ruso.

La mayoría del resto de las naciones, reducen su personalidad al papel secundario y secundón de partidarios de uno de los dos matones que aterrorizan al mundo.

La propia Inglaterra, la del poderoso imperio, hace eco a la voz de su amo. De la misma forma que la orgullosa Polonia cierra los ojos, para poder aprobar sin ver, el gesto criminal del fascismo rojo.

La tiranía económica que impone el capitalismo americano, es la causa de su importancia ante el mundo.

El totalitarismo político de la plana mayor bolchevique es, a su vez, la causa de la dominación bestial del Kremlin.

Bajo el patrocinio de esas dos potencias eminentemente belicistas, se firman pactos y se estudian componendas, que tienen unos y otros, como único objeto el prepararse para la guerra. Guerra cuyas fases decisivas determinarán, por la ley de la fuerza, cuál de las dos potencias tiene «derecho» a ser dueña y señora de los destinos de la Humanidad.

Mientras tanto, todo el mundo corre a uno de los dos «dueños», en espera de que «sus» gladiadores, los trabajadores, se enfrenten en las arenas ensangrentadas del circo europeo que vivió días guerras mundiales en 30 años.

Todo deja prever un desenlace trágico. La guerra fría es la antesala de la guerra abierta. Y, tarde o temprano, cinco años, los pueblos y los hombres volverán a entre-asesinarse para dar satisfacción, unos a los magnates de la política y del oro americano, y otros al imperialismo ruso, que no puede ocultarse bajo una bandera roja o bajo una dialéctica proletaria.

Quizás todavía reaccionen los hombres, agobiados por el peso de los errores de sus esclavizadores. Quizás surja una reacción sana, un impulso justiciero, una rebelión sensata, y el género humano declare: ¡Guerra a la guerra!

Entonces sería posible vislumbrar con mayor satisfacción el panorama de nuestro desgraciado planeta.

Mientras tanto, los libertarios, los anarquistas, sigamos trabajando y laborando para que el pueblo ruso y el pueblo americano; el hombre de oriente y el de occidente comprendan que los hombres somos hermanos, aunque los esclavizadores sean, en lugar de hombres, fieras creadas por la sociedad innoce en que vivimos.

El congreso de la paz

Cuando este artículo aparezca a la luz pública, habrá sido inaugurado ya el llamado «Congreso de la Paz».

En los debates convencionales que van a desarrollarse, el mito del pacifismo bolchevique ocupará un primer plano. La Unión Soviética, esa nación belicista de pies a cabeza, moverá todos sus resortes, no para evitar la guerra, sino para retardarla hasta el momento en que sus posibilidades bélicas le permitan afrontarla con optimismo.

La inmensa sala Pleyel de París, cobijará por unos días a numerosas delegaciones comunistas que servirán, como sirven los soldados a sus jefes, al dictador rojo y a sus planes de dominación.

La propaganda comunista, kramliniana, agotará muchos de sus recursos y mientras en el «Congreso de la Paz» las delegaciones soviéticas afirmarán su deseo de evitar la guerra, tras la línea fronteriza de la Europa ocupada por los soviets, las fábricas de material de guerra producirán, más y más cañones, más y más tanques; más y más aviones, destinados a pulverizar hombres y pueblos, ciudades y naciones.

«¿Qué valor tendrán las declaraciones pacifistas de los «subditos» del Kominform, en unos momentos en que el ejército rojo del Celeste Imperio bombardea furiosamente Nankin? ¿Qué importancia

moral tendrán las manifestaciones de unos delegados que no se atreverán a mencionar la guerra fratricida y homicida de Grecia? ¿Cómo podrán hablar de paz quienes tienen como jefe supremo a un mariscal que manda el ejército más numeroso del mundo? Estas y otras muchas preguntas no tienen otra respuesta que la que confirma que el «Congreso de la Paz» será una tragicomedia que ocurrirá, tras los cortinajes de la espectacularidad, el acero frío de las armas homicidas que se aprestan a masacrar a la Humanidad.

Palabras sobran... pero faltan hechos. Stalin quiere garantizar una paz que impone, en los pueblos caídos bajo sus garras, a punta de bayoneta. Quiere, también, minar la retaguardia de los países que codicia. Y quiere «hacer» responsable único de la futura contienda a su enemigo secular: los EE. UU.

A ese juego no deben prestarse los trabajadores.

No decimos que la futura gran matanza, sea preparada por unos solos; pero afirmamos que en la

desesperada carrera hacia tan criminal deslinde, el «Papa rojo» lleva la delantera. Lo atestiguan Polonia, Finlandia, Yugoslavia, Bulgaria, Hungría, Checoslovaquia, China, Grecia, etc., etc.

Somos, en tanto que hombres y en tanto que libertarios, amantes fervientes e incondicionales de la paz. Odiarnos, por convicción y por humanismo, la guerra. Creemos que el tumulto degenerador de las grandes batallas, es responsable de los peores males que sufre la Humanidad. Pero no podemos aceptar que se pretenda jugar con los destinos de los hombres utilizando la palabra paz, como se utiliza el «slogan» patria, para justificar la monstruosidad guerrera.

La paz es el objetivo de todos los seres nobles; de todos los hombres honrados. Pero la paz no puede ser invocada por quienes fundamentan su predominio en la potencialidad de sus ejércitos y en su aparato militar.

Sean rusos o americanos, o los dos a la vez los gobernantes que encarnadamente se disputan la inmensa presa que representa la

Humanidad, no pueden hacer afirmaciones de un pacifismo grotesco sin provocar náuseas.

La boca de un cañón no puede hablar de paz. Tampoco puede hablar ese lenguaje quien tiene sometidos bajo el látigo del totalitarismo estatal, a pueblos y más pueblos.

El «Congreso de la Paz» forma parte de la «guerra fría». Es una etapa hacia los campos de batalla. Una mixtificación de la voluntad popular. Por eso denunciaremos desde las columnas de RUTA la nueva maniobra belicista del stalinismo.

Por la paz y para la paz, todos los intentos son y serán pocos. Tan gran objetivo, merece una coalición de esfuerzos a través de las fronteras y por encima de los Estados; pero pretender realizarlos bajo la égida de un imperialismo, es tanto como asegurar el trágico deshecho guerrero que, a través de la historia queda demostrado, surge fatalmente del primer acto de guerra que contra la Humanidad se realizó: la imposición del principio de autoridad.

GAVROCHE.

Camaleones de dos clases

El 4 de septiembre de 1943, la agencia Tass, publicó un llamamiento de Stalin, en el que el bigotudo generalísimo declaraba:

«Los eclesiásticos se baten con coraje y dan cada día pruebas de patriotismo. El partido comunista no puede privar al pueblo ruso de su libertad de conciencia. Yo me dirijo al santo sínodo y le pido que elija en su seno un patriarca de todas las Rusias.»

El 10 de abril de 1945, el patriarca nombrado por el santo sínodo visitó al mariscalísimo, y Alexis, patriarca de todas las Rusias, declaró al terminar su entrevista con el papa rojo:

«Desde que nos vimos con José Vissarionovitch (Stalin) nos acogió sonriente, con tal simplicidad y cordialidad que nos sentimos enseguida conquistados...»

«La entrevista fué como la de un padre (Stalin) con sus hijos (Alexis y sus acompañantes).»

Los visitantes del «gran padre» le ofrecieron una copa de oro cincelada especialmente para él. Es lamentable que no nos digan qué habían cincelado como motivo decorativo en la copa... aunque suponemos que de un lado era la cruz y de otro la hoz y el martillo. En medio, el pueblo ruso crucificado.—Redactor.

Tres posiciones la O. N. U. y España

He aquí que, inesperadamente y sin haber terminado las discusiones sobre las colonias italianas, la O.N.U. se decide a reconsiderar de nuevo el «caso español».

Si bien, como anarquistas, este hecho nos deja indiferentes, pues todas las posiciones más o menos inmediatas que puedan dar a dicho problema distarán mucho de ser aquellas que deseamos y que sólo un pueblo puede obtener por su propio esfuerzo, no por ello dejamos de seguir el curso de estos acontecimientos para, estudiando su proceso, encontrar en él una ratificación más a la condena que de los tapujos políticos y diplomáticos siempre hemos hecho.

Examinada detallada e imparcialmente la situación actual de España, ante la O.N.U., se nos aparece rodeada de una manada de buitres, los cuales, divididos en tres grupos netamente definidos, sólo esperan el momento de caer encima de ella y destrozarla definitivamente.

El grupo de las potencias occidentales que, dándose cuenta del enorme problema económico que representará la reconstrucción de España (la nación más pobre de Europa) ante el total hundimiento de un régimen que sólo se mantiene en el poder por la violencia, prefieren la continuación del actual sistema o una simple transferencia de poderes políticos que no cae sobre su estructura actual, a tener que verse obligado, dicho grupo, a desviar enormes cantidades del Plan Marshall para conseguir la normalización de la vida económica en un país que amenaza ser un gigantesco traga-perras y del que sólo los EE. UU. podrán obtener compensaciones comerciales o económicas al cabo de dos o tres lustros como mínimo, aunque tengan la seguridad de tener esclavizada económicamente a España por tiempo indefinido.

Y por último, el grupo compues-

to por los países árabes y la mayor parte de los de Sud-América, que por diversas razones (de compensación por su actitud frente al ya desaparecido problema de Palestina y por un total desconocimiento de la realidad española los unos, y con miras a salvaguardar tratados económicos o a obtener otras ventajas de esta misma índole los otros) parecen dispuestos a apoyar el ingreso de España en el seno de la O.N.U.

De estos debates sólo pueden esperarse dos consecuencias para España:

La de la solución preconizada por los EE. UU., consistente en una simple transferencia de poderes sin cambiar en nada la actual estructura interna del Estado español o, en último caso, el ingreso en algunas secciones técnicas de la O.N.U. de un representante de Franco, lo que equivaldría a reforzar la situación política de Falange, que sería el prelude de un no lejano y total ingreso de España en la O.N.U.

Con cualquiera de estas dos «soluciones» seguirá latente la misma pregunta que siempre hemos hecho a los partidos que abogan continuamente por una solución diplomática: ¿Y EL PUEBLO ESPAÑOL?

ANTENA.

He aquí que, inesperadamente y sin haber terminado las discusiones sobre las colonias italianas, la O.N.U. se decide a reconsiderar de nuevo el «caso español».

Si bien, como anarquistas, este hecho nos deja indiferentes, pues todas las posiciones más o menos inmediatas que puedan dar a dicho problema distarán mucho de ser aquellas que deseamos y que sólo un pueblo puede obtener por su propio esfuerzo, no por ello dejamos de seguir el curso de estos acontecimientos para, estudiando su proceso, encontrar en él una ratificación más a la condena que de los tapujos políticos y diplomáticos siempre hemos hecho.

Examinada detallada e imparcialmente la situación actual de España, ante la O.N.U., se nos aparece rodeada de una manada de buitres, los cuales, divididos en tres grupos netamente definidos, sólo esperan el momento de caer encima de ella y destrozarla definitivamente.

El grupo de las potencias occidentales que, dándose cuenta del enorme problema económico que representará la reconstrucción de España (la nación más pobre de Europa) ante el total hundimiento de un régimen que sólo se mantiene en el poder por la violencia, prefieren la continuación del actual sistema o una simple transferencia de poderes políticos que no cae sobre su estructura actual, a tener que verse obligado, dicho grupo, a desviar enormes cantidades del Plan Marshall para conseguir la normalización de la vida económica en un país que amenaza ser un gigantesco traga-perras y del que sólo los EE. UU. podrán obtener compensaciones comerciales o económicas al cabo de dos o tres lustros como mínimo, aunque tengan la seguridad de tener esclavizada económicamente a España por tiempo indefinido.

Y por último, el grupo compues-

Consejos a un historiador

En 1936, cuando el general Franco y sus amigos consideraron que había llegado el momento de «salvar» a España, falange española no era más que una agrupación de señoritos chulos, juerguistas y, generalmente, hijos de... familias adineradas.

Su pasado no había entrado en la historia, entre otras razones porque ningún historiador (ni aun los de a tanto la línea) sabían qué escribir de la partida de José Antonio.

No cabe duda de que hubiera continuado la miserable chusma señorial de falange en el ostracismo, de no haber mediado la sublevación «nacional».

Franco, ambicioso pero además desleal, no podía contar con los pocos monárquicos españoles que existían, porque estos tenían un rey. Tampoco podía contar con las derechas «católicas» porque tenían un Dios, aunque sólo fuese en el Vaticano. Y Franco quería ser el rey y el dios de España.

Buena ocasión para falange la que ofreció Franco y sus colegas

al sublaverse. En unos meses, los señoritos de la partida de José Antonio (que nada tenía que ver con la de «el Tempranillo») convirtieron en los amos de España.

Camisa azul y tercerola al hombro, recorrieron pueblos y ciudades de la retaguardia franquista, y allí en donde nadie podía defenderse, disparaban sus tercerolas a mansalva sobre jóvenes, mujeres y ancianos.

Ganando fama por este procedimiento, quisieron agudizar su renombre y aumentaron, entre copas y carcajadas, las violaciones y los asesinatos.

Sólo los domingos por la mañana reposaban. Acudían a postrarse ante los pies de una mujer que respetaban, la virgen, porque era de yeso y sus joyas falsas. El resto del tiempo trabajaban por España, por la negra España...

Si yo fuera historiador, y no espero serlo jamás, en un rincón de una página pondría: «Falange no existió nunca; lo que existió fué la cobardía».

